

CAPITULO CCLXVI.

Rebelion de Messina.—Combate entre la armada de los aliados y la francesa.— Muerte del almirante Ruyter.— Dominase la rebelion.

Al relatar las campañas de Cataluña en nuestros capítulos anteriores hemos dicho que, en el momento en que el ejército español marchaba triunfante de las armas francesas y podía prometerse buen éxito, fué desmembrado para enviar parte de él á Sicilia, donde acababa de estallar una rebelion en Messina contra el gobierno de España.

Fué la causa de esta conmocion el haber querido D. Luis del Hoyo, que era allí gobernador, quitar á los messineses el gobierno particular que tradicionalmente conservaban, por el cual se regían en completa libertad, aunque formaban parte de una monarquía absoluta.

Para lograr el Gobernador español su propósito comenzó por halagar al pueblo con intento de destruir el poder de los nobles.

A la sazón el pueblo habíase amotinado incendiando las casas de algunos senadores, porque culpaban al Senado de una carestía que se experimentaba.

Propuso con esta ocasion el Gobernador que se compartiera la autoridad entre nobles y plebeyos, sin conseguir que cesasen los tumultos, sino que se formasen dos bandos: uno, que era el más fuerte, le componían los defensores de sus antiguas instituciones, enemigo del de los españoles porque sospechaban su intencion.

Así las cosas fué sustituido en el gobierno D. Luis del Hoyo por D. Diego de Soria, marques de Crispano, que, juzgando el rigor el mejor medio para dominar á los senadores, llamóles á su casa y les mandó prender.

Cuando cundió la noticia de aquel acto en Messina, los dos partidos llamados los unos *Malcazzi* y los otros *Merli*, acudieron á las armas, combatieron en las calles, y vencedores los primeros, que eran en mayor número, se impusieron al Gobernador, obligándole á soltar los presos, y hasta se hubieran apoderado de su persona á no impedirlo el fuerte de San Salvador que, disparando sobre la muchedumbre, la dispersó.

El virey de Sicilia, que lo era el marques de Bayona, envió tropas inmediatamente para aplacar la sublevada ciudad, deplorando la falta de las galeras de Malta y de Génova, pues sin ellas le era completamente imposible dominar el mar.

A pesar de que los messineses habían conseguido grandes ventajas, puesto que poco á poco habían ido arrojando á los españoles de todos los fuertes, comprendieron que necesitaban alguna ayuda más poderosa, y por medio del duque de Estrees, embajador francés en Roma, pidieron auxilios á Luis XIV.

Precisamente éste hacía tiempo que deseaba se le presentase ocasion para contribuir á provocar alguna complicacion en Italia que afectase al Gobierno español, y por lo tanto apresuróse á disponer que una pequeña flota se aproximase á Messina con víveres y provisiones.

La acogida que obtuvo ésta fué sumamente lisonjera, puesto que abatiendo las armas españolas gritaba la multitud: *Muera España! Viva Francia!* considerando á los enviados de Luis como sus salvadores.

Por instigacion de los franceses los de Messina prepararon el ataque del fuerte de San Salvador, y despues que le hubieron minado intimaron la rendicion al Gobernador, el cual, viéndose reducido al último extremo, ofreció entregar la plaza si en el término de ocho días no recibía auxilios.

A consecuencia de estos sucesos fué la desmembracion de tropas de Cataluña, de que hemos hablado en otro lugar, nombrándose al marques de Villafranca virey de Sicilia.

Este con las tropas españolas y con las que de Milan acudieron, estrechó el cerco de la ciudad, en términos que se confiaba en su rendicion; pero en enero de 1675 llegó una escuadra francesa con víveres y soldados, y en febrero el duque Vivonne, comandante de las fuerzas marítimas francesas en el Mediterráneo, llegó con otra escuadra, y desembarcando se le tributaron los honores que como á virey le pertenecían.

Terrible combate hubo de sostener la marina francesa á la entrada del puerto con la armada española que acudió á impedirlo, pero la desproporcion de fuerzas era muy notable, y los buques españoles no tuvieron otro remedio que ir á buscar un refugio á Nápoles.

Poco beneficio obtuvo Vivonne con la posesion de Messina, pues á esto estaba reducida toda la dominacion francesa en aquella isla.

En Palermo y en todos los demas puntos levantábase la poblacion en masa para rechazar á los franceses, y aun cuando Luis XIV manifestó que su propósito era el de libertar á los sicilianos de la dominacion española, no consiguió con ello el objeto que se proponía.

Así era que Vivonne tenía que permanecer encerrado dentro de los muros de la ciudad, sin atreverse á emprender operacion alguna, hasta que en junio de aquel mismo año recibió algunos refuerzos, merced á los cuales consiguió apoderarse de algunas poblaciones.

Lo comprometido de la situacion obligó á la Reina regente de

España á pedir auxilio á Holanda, nuestra aliada, la cual se apresuró á darlos enviando al almirante Ruyter con veinte y cuatro navios de guerra, el cual llegó á Cádiz en setiembre de aquel mismo año.

Desde este punto pasó la escuadra holandesa á Barcelona, donde debía embarcarse D. Juan de Austria, nombrado virey y general en jefe por la Regente, que siempre había buscado medios de alejarle de la corte.

Pero este embarque no se verificó, porque como estaban próximos importantes cambios en la corte con motivo de la mayoría de edad del Monarca, los amigos del bastardo Infante esperaban sustituir la influencia de D. Mariana de Austria, que cada vez se hacia más pesada, con la de D. Juan.

De aquí que la flota holandesa tuviera que zarpar de Barcelona, y reuniéndose con la flota española, tuvo que sostener un combate el 7 de enero de 1676 con la escuadra francesa, combate en el cual quedaron sumamente castigados los dos adversarios.

Al mismo tiempo el ejército de tierra adelantábase hacia Messina, y cuando ya tuvo sentados sus reales, el almirante Ruyter con su flota, rechecha ya, presentóse en el puerto y quedó de este modo sitiada la poblacion tanto por mar como por tierra, quedando en situacion bastante comprometida.

El día 21 de abril de 1676 tuvo lugar cerca de Agosta otro nuevo combate naval, en el que el almirante Ruyter quedó mortalmente herido, falleciendo á los pocos días en Siracusa, donde tuvo que refugiarse la escuadra.

Cerca de un mes necesitó ésta para reparar sus pérdidas, y cuando en junio se dispuso á hacer rumbo á Palermo, fué acometida tercera vez, sufriendo pérdidas tan horribles que solamente las bajas sufridas por los aliados elevaronse á cinco mil hombres, siete navios de guerra, seis galeras, siete brulotes y otras embarcaciones de menor importancia, y ademas unas setecientas piezas de artillería.

La consecuencia inmediata de esta derrota fué el que la escuadra aliada se viese obligada á abandonar los mares de Sicilia, con lo cual el duque de Vivonne consiguió apoderarse de puntos importantes de aquella isla.

Pero España no podía resignarse á perderla é hizo cuanto de su parte estuvo para reparar todos los descalabros anteriores en la parte que era posible.

El marques de los Velez, virey nombrado últimamente para Nápoles, consiguió que entre la nobleza y el pueblo se le hiciera un donativo de doscientos mil ducados, cuya suma destinaba al sostenimiento de las tropas que operaban en Sicilia, y del mismo modo Portocarrero, virey de esta isla, á fuerza de trabajo consiguió poner la escuadra en disposicion de que pudiese volver á prestar servicio.

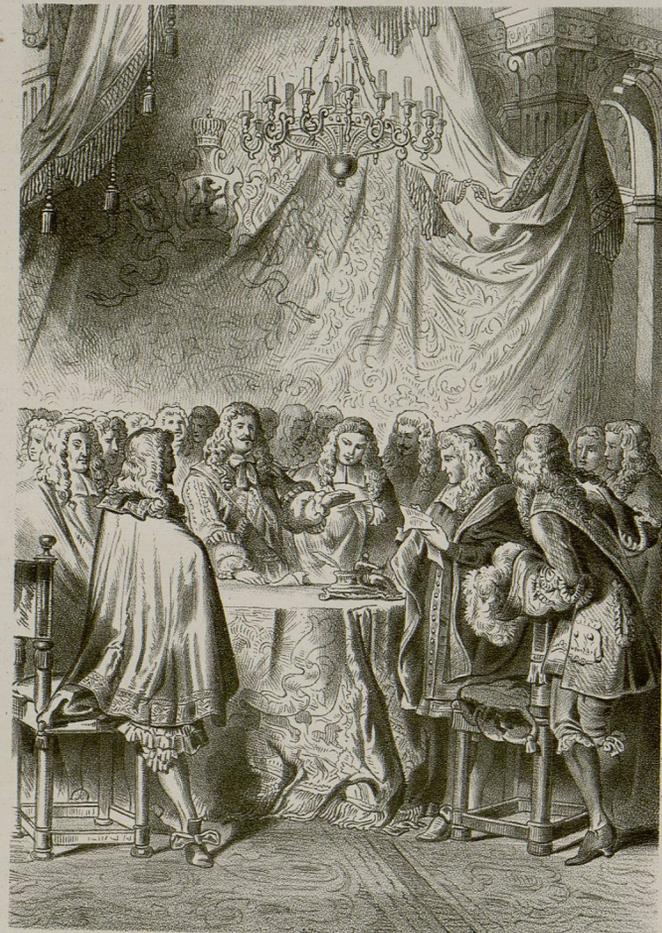
La dominacion francesa en la isla, lo mismo que había sucedido en Cataluña, hacíase completamente insostenible para los naturales, en términos que se urdían conspiraciones contra ellos y se echaba de ménos el gobierno de España.

Inglaterra al mismo tiempo, en las conferencias de Nimega, de las cuales nos ocuparemos en el próximo capítulo, manifestó resueltamente que si Francia persistia en la ocupacion de aquel punto tan importante del Mediterráneo, se vería obligada á declararle la guerra, y como que el Monarca francés comprendió lo perjudicial que todo esto podía serle determinó abandonar la ciudad y sus fortalezas.

No se mostraba muy dispuesto el duque de Vivonne á obedecer aquella orden, por cuya razon nombró el rey de Francia virey al mariscal de la Feuillade, el cual convocó el Senado, cuando tuvo dispuestas las tropas y los buques, y despues de haberle participado las instrucciones del Monarca, partió la flota con todo el ejército el 16 de marzo de 1678.

Extraordinaria fué la consternacion que se esparció por la ciudad al tener lugar el acontecimiento indicado, temiendo el castigo de los españoles.

«Y no iban infundadas en tenerla, dice un historiador moderno, porque si bien el Gobernador, que lo era entonces Vicente de Gonzaga, prometió una amnistía provisional, aquella clemencia no gustó á la corte de Madrid, que envió en su lugar al conde de Santo-Stefano, virey de Cerdeña, con orden de secuestrar todos los bienes de los emigrados, de expulsar del país á todo el que hubiera obtenido empleo durante la dominacion francesa, y de levantar monumentos expiatorios en memoria de la rebelion. Parcieron suaves al Conde estas instrucciones, y llevando más alto el rigor, por su propia cuenta persiguió á culpables é inocentes, abolió el Senado, suprimió los privilegios y franquicias de la ciudad, demolió el palacio municipal, y sobre su solar levantó una columna con una inscripcion insultante para los messineses, mandó fundir la campana que llamaba á consejo para construir con su metal una estatua del Rey, prohibió toda reunion, arregló á su capricho los impuestos, destruyó la Universidad, despojó los archivos en que se conservaban los privilegios y construyó una ciudadela para mantener siempre en respeto á los revoltosos.»



J. SERRA, lit.

Lit. VIDAL, Omo, 97.

LA PAZ DE NIMEGA.

CAPITULO CCLXVII.

Paz de Nimega.—Terminacion de la guerra.

A terminar el año de 1675 quedó acordado, según dijimos en su lugar oportuno, que se reuniesen en Nimega los plenipotenciarios de las potencias beligerantes, á fin de discutir las bases de aquella paz tan suspirada, y respecto á la cual, sin embargo, tantos elementos contrarios había.

Tres años trascurrieron ántes de que la paz se firmase, y eso que todas las potencias manifestaban deseos de que así sucediese.

¿De qué nació tan extraordinario retraso? ¿Qué causas influyeron para tamañas dilaciones en asunto tan capital?

Aun cuando muy ligeramente, vamos á tratar de explicarlo. En primer lugar, hemos de hacernos cargo de la poca actividad que demostraron, lo mismo embajadores que soberanos, para acudir al punto de la reunion los unos, y para enviar á ella sus representantes los otros.

Como que cada nacion tenía un particular interes en aquella guerra, interes que tambien trascendía á la paz, cada una, impulsada por un móvil distinto tambien, retrasaba la ultimacion de aquel asunto que tanto importaba á los pueblos que eran las víctimas verdaderas.

España, Holanda y el mismo Imperio, como que tenían la seguridad de que Inglaterra no había de consentir que los Países-Bajos pasasen á poder de Francia, lo esperaban todo de ella, y hasta mantenían y avivaban la guerra al objeto de comprometerla para que tomase una activa decision.

Francia, á su vez, comprendiendo que no saldría tan bien librada tratando colectivamente con las tres potencias como haciéndolo por separado con cada una de ellas, iba á su vez dando largas al asunto con aquel objeto, á fin de ver si conseguía romper la confederacion.

El rey Carlos II de Inglaterra, que hubiera sido quien en realidad hubiera podido poner término á aquella situacion, porque en realidad en su mano estaban los destinos de Europa á la sazón, parece que había sido ganado por la Francia, pagándole ésta por su neutralidad una pension anual de cien mil libras esterlinas; vergonzosa pension que humillaba de un modo extraordinario al Monarca que, pudiendo haber sido quien devolviese la paz y el bienestar á una porcion de pueblos, por un mezquino puñado de oro contribuyó poderosamente á su destruccion y aniquilamiento.

Sin embargo, llegó un día en que despues de haber andado en tratos con Luis XIV para que le aumentase la pension, pláticas y tratos que le rebajaban á la desdolorosa condicion de un mercenario, no tuvo otro remedio que mediar para la paz, siendo él quien finalmente señaló como punto de reunion la plaza de Nimega, ya mencionada.

D. Pedro Ronquillo, embajador de España, fué quien primeramente se presentó en ella, siguiéndole despues el conde de Kisch, á los cuales fueron reuniéndose los de las demas potencias.

La cuestion de presidencia y otras tan fútiles como ésta absorbieron un tiempo precioso, tiempo del cual se aprovechaba el rey de Francia, según hemos tenido ocasion de ver, para llevar sus ejércitos por do quiera, apoderándose de multitud de plazas y asolando comarcas muy importantes.

Las pretensiones de cada una de las potencias, las instrucciones que cada uno de los embajadores llevaba, los encontrados intereses del Imperio, de Holanda, de España, de Dinamarca, de Suecia, de Francia, de los príncipes de Brandeburgo y de Lorena, fácilmente se comprende que habian de producir dificultades de consideracion, máxime cuando el interes general se posponía en aquel congreso al interes particular.

La vacilante conducta de Carlos de Inglaterra contribuía poderosamente á aquella lentitud, viéndose obligada España finalmente á usar con aquella nacion un lenguaje sumamente duro, amenazándola con declararle la guerra si proseguía en aquel ambiguo estado.

Felizmente el cambio verificado en el príncipe de Orange, que años ántes había rehusado la mano de la princesa María de Inglaterra, aceptándola despues, y realizándose esta union sin que de ello tuviera noticia el rey de Francia, fué causa de que el rey Carlos saliese de la dudosa situacion en que había permanecido durante tan dilatado espacio.

Inmediatamente se advirtió el cambio que se operaba en la política de Inglaterra, y las condiciones acordadas entre Carlos y el de Orange fueron ya tan distintas de las propuestas por el Monarca frances, que éste procuró, por todos los medios posibles, ofreciendo cantidades fabulosas y derramando el dinero, como vulgarmente se dice, que no se llevase á efecto.

Pero todo fué inútil, y el tratado firmado en La Haya en 10 de enero de 1678, del cual hemos hablado en otra parte, fué la consecuencia de aquel acuerdo y la retirada de los ocho mil ingleses que servían á sueldo de Francia, así como tambien los aprestos marítimos que hizo, demostraban á Francia el nuevo adversario con quien iba á tener que habérselas.

Sin embargo, todavía el interesado carácter de Carlos II mostróse nuevamente haciendo proposiciones de acomodamiento á Luis XIV con tal de que le diese seiscientas mil libras esterlinas de que tenía necesidad.

Pero á la sazón habíase verificado en la corte española una revolucion importante, hundiéndose el poder de D. Mariana de Austria para dar lugar á la influencia del bastardo D. Juan, según en el capítulo inmediato diremos, y esto, unido á los triunfos que las armas francesas habían alcanzado últimamente, hicieron negarse rotundamente á la propuesta del ingles.

Imposible, y por otra parte difícil para nosotros, dados los límites de nuestra publicacion, seguir paso á paso toda la serie de incidentes, todas las alternativas, todas las fases que fué ofreciendo aquella asamblea hasta llegar á un definitivo acuerdo.

El estatuder de Holanda, el rey de Inglaterra y el de Francia eran los que llevaban la direccion principal en aquella asamblea, sin que parecieran fijarse, atendiendo á sus propios intereses, en los de las demas potencias.

Sin embargo, como que el Parlamento y el pueblo ingles se mostraban muy contrarios á aquella avaricia de que constantemente estaba dando muestras el Monarca, avaricia ó necesidad de fondos que el frances hubiera explotado tambien en esta ocasion como en las anteriores, Carlos, por temor de seguir la misma suerte de su padre, no tuvo otro remedio que modificar sus ideas.

Luis XIV, tanto de esta situacion un tanto violenta en que se hallaba el monarca ingles, como de la en que, por otras razones casi de la misma índole, se encontraba el Estatuder con los Estados generales, procuró sacar el mejor partido que, como fácilmente puede comprenderse, había de ser desfavorable siempre para España.

Efectivamente, ésta fué la víctima, y cuando el Nuncio de Su Santidad notificó á D. Pedro Ronquillo el *ultimatum* remitido por el rey de Francia, contestó éste: *¿Qué le hemos de hacer! ¿Más vale arrojarse por la ventana que de lo alto del tejado!* (1).

Y para dar una muestra del desdichado papel que estaba haciendo España á la sazón, aquella España que un siglo ántes había estado siendo la señora de los destinos de Europa, diremos que Luis XIV, prosiguiendo en su sistema de insidiosidades y sutilezas, se avino con los Estados generales de Holanda para hacer con ellos un tratado especial, y efectivamente, en la noche del 10 de agosto de 1678, sin que tuviesen conocimiento de ello ni D. Pedro Ronquillo ni el marqués de los Balbases, que eran nuestros embajadores, se firmó entre el rey de Francia y los holandeses un tratado de paz y otro de comercio, en ninguno de los que se estipulaba nada en favor de España.

Y sin embargo ésta había hecho sacrificios de gran consideracion para ayudar á los de Holanda contra los franceses.

La indignacion que esto produjo en los embajadores de las demas naciones obligó á desistir, ó por lo ménos modificar, aquellos tratados, y otra vez dieron comienzo las negociaciones y las exigencias, quedando los Estados generales de Holanda como árbitros compondores entre España y Francia.

Merced á los buenos oficios de éstos y á la astucia y sagacidad con que Luis XIV obraba, aparentando ceder en las cosas de ménos importancia para sacar el mejor partido en las que á él le convenían, acordáronse finalmente en 16 de setiembre de aquel mismo año las condiciones definitivas.

Treinta y dos artículos las constituían, siendo lo más importante de ellas lo que se refiere á las reciprocas cesiones de territorios. España recobraba las plazas de Charleroy, Binch, Ath, Oudenarde y Courtray; se le devolvía el ducado y la ciudad de Limbourg, Gante, Rodenhuis, el país de Wessex, Saint-Guilain y Puiggerdá en Cataluña, pero en cambio el rey de Francia se quedaba, formando para lo sucesivo parte de sus dominios, las plazas de Valenciennes, Bouchain, Condé, Cambray, Ayse, Saint-Omer, Iprès, Wervick, Warneta, Popeningue, Cassel, Bailleul y todo el Franco-Condado.

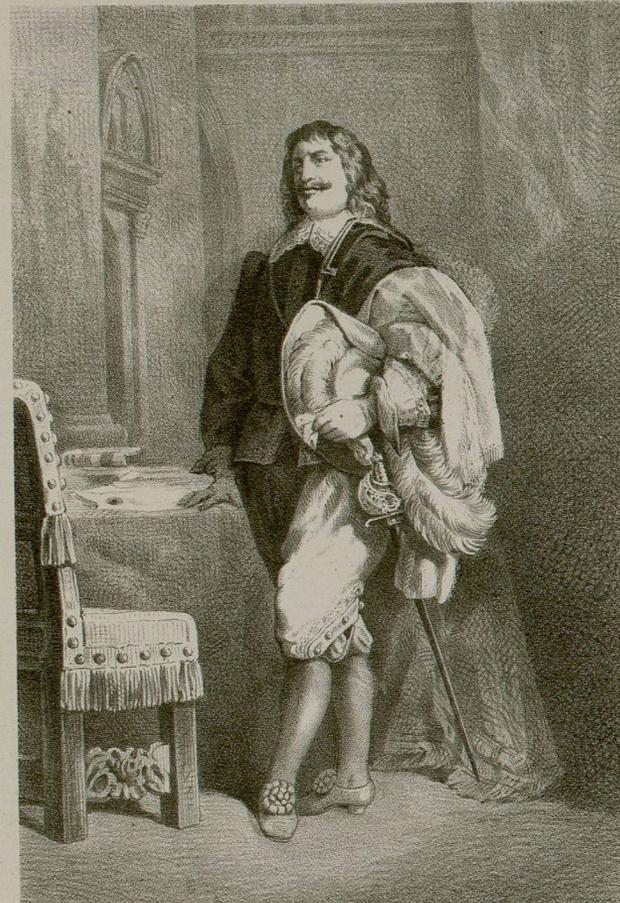
El día 17 de setiembre se firmó con toda ceremonia el tratado de Nimega por los representantes de todas las potencias, ratificándose en 3 de octubre por el rey de Francia, y en 14 de noviembre de 1678 por el rey de España.

Si algo se dilató la ratificacion de España fué por consideracion al Imperio, pues la corte de Madrid había querido aguardar á que Austria se adhiciese á la paz, lo que no tuvo otro remedio que hacer ésta faltándole ya Holanda y España, y viéndose obligada á prestar atencion á la guerra de Hungría.

Tal fué la conclusion que tuvo aquella desastrosa guerra que por tantos años había conmovido á la Europa, pudiendo decir que quien tuvo la culpa tanto de aquella prolongacion cuanto del resultado tan funesto para España fué, en primer lugar, el monarca de Inglaterra con su conducta ambigua é interesada, y España por su lenidad en enviar los auxilios necesarios á Flandes y en facilitar á sus generales los recursos que necesitaban; mal antiguo ya en España desgraciadamente y que hemos señalado en distintas ocasiones.

Luis XIV sabiendo desunir habilidosamente á todas las potencias, fué quien sacó el verdadero partido, constituyendo el tratado de Nimega una de las mejores páginas de su reinado.

(1) Despacho de MMrs. Estrades d'Avande y Colbert á Mr. de Ponponne en 26 de abril de 1678.



J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL, Dime, 27.

D. FERNANDO DE VALENZUELA.